

SAGRADA FAMILIA (Ciclo B)

Dentro de la octava de Navidad recordamos a la Sagrada Familia. Es algo lógico. Jesucristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre, quiso nacer en el seno de una familia humana.

La intimidad de Dios es ser comunidad de vida y amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, en perfecta sintonía íntima y esencial, de memoria, de entendimiento, de voluntad, de amor.

Y el hombre, como es imagen y semejanza de Dios, también tiene en sus entrañas y en su ser más profundo esa manera de ser. Es lo que llamamos familia.

Es lógico que si Dios se hace hombre, lo haga en una familia. Hoy pues, la Iglesia nos invita a contemplar a Jesús, María y José, y nos los propone como modelos para nuestras familias, según el ser de Dios.

Por eso toda familia es sagrada: porque la familia humana refleja y hace presente esa la imagen de la intimidad de Dios, de la manera de ser de la Santísima Trinidad en la sociedad y en el mundo. No se puede pensar en un hombre que pueda ser feliz prescindiendo del modelo familiar. Muchas políticas actuales que intentan difuminar el concepto de familia, no buscan otra cosa que borrar de la conciencia y arrancar del corazón del hombre toda imagen y semejanza de Dios.

Porque la Iglesia, en el deseo y el proyecto de Dios para los hombres, más que una institución, no es nada más y nada menos que la familia de las familias, la gran familia de los hijos de Dios.

El bien de cada hombre pasa por el bien de la familia.

Satanás está en lucha contra Dios, pero como no puede directamente, presenta batalla en el hombre, donde quiere arrancar de su corazón esa imagen y semejanza de Dios. Y el hombre, sin esa imagen interior de hijo de Dios, pierde su dignidad, pierde su libertad, pierde su identidad, se deshumaniza, el hombre queda débil y confuso, y se convierte en un pelele con el que se puede hacer lo que se quiera. El hombre sin Dios, no es nada. La familia sin Dios, queda desprotegida, y el hombre expuesto a contraer cualquier enfermedad del cuerpo y del alma. La familia es absolutamente necesaria para el hombre y su integridad.

San Pablo nos exhorta a que la familia sea regida por la caridad. Sobrellevarse, perdonar, tener paciencia, ayudarse por amor... Ha sido instituida por Dios y se nos ha dado a cada uno como un regalo. Pero hay que luchar por conservarla. San Pablo, nos muestra de qué manera nuestra familia puede revivir la experiencia de Nazaret. Nos dice: «La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza». Ahí está todo el misterio y la solución a tantas desavenencias y la defensa de tantos ataques. Dejar que Jesús viva en medio de nosotros y que Él modele el corazón de cada uno, en constante diálogo con Él.

Jesús fue el centro de la Sagrada Familia, y también queremos que lo sea de la nuestra. Por eso, lo primero que hay que salvar ante cualquier amenaza, como hizo José, es al Niño. Si conservamos la fe y la vida de la gracia, nuestros hogares serán remansos de felicidad y modelo para tantos hombres y mujeres que, desorientados, buscan a quién imitar.

La Eucaristía nos ayuda a recolocar a Cristo en el centro de nuestras vidas y de nuestras familias, y a la vez, nos coloca nosotros mismos en el centro del Corazón de Dios.

Jesús, José y María, os doy mi corazón y el alma mía. Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía. Jesús, José y María, en vosotros descansa en paz el alma mía.